

todas las preseas del Renacimiento; y en primer término, una escalinata que conduce al templo, en el promedio de sus escalones la niña María resplandeciente con su nimbo de luz y vestida con su túnica de color del cielo, y en lo alto los sumos sacerdotes con sus vestes y sobrevestes, con sus coronas y sus mantos, sus luengas barbas y sus luengas rozagas, los cuales parecen, después de haber envejecido en las piraterías de lejanos mares, colocados, como los ídolos sobre las aras, ellos, legión de reyes, sobre los tronos de la incomparable Venecia. Recordamos todos estos monumentos del arte moderno para corroborar nuestra tesis de que la Virgen es num en primero y casi único de toda la pintura cristiana.

VIII

María perdió á sus padres en bien temprana edad. Triste pensión esta de los engendrados tarde: quedarse huérfanos en la florida mocedad. Ana y Joaquín murieron en la gracia de Jehovah y bajaron felices al seno de Abraham. Aquel pueblo no quemaba los cadáveres como el pueblo romano. Creyendo y esperando en la resurrección confiaba el despojo de los suyos á la tierra, que debía devolverseles como devuelve convertidas en plantas, en flores, en frutos, las semillas depositadas en sus

senos. El cadáver para los judíos aparecía como germen de un futuro cuerpo que vendrá con seguridad el día de la resurrección. Una mortaja recibía los restos fríos, un sudario los tapaba; la mirra, y el incienso, y el áloe servían para perfumarlos. La Virgen cerró los ojos de sus padres; les ató manos y pies con apretadas cintas; los roció de aromas dispuestos por las leyes; los amortajó en el sudario, y los depuso en el ataúd. Encargáronse los amigos de llevarlos sobre las espaldas, mientras sus parientes decían palabras lamentosas, lanzaban gemidos atronadores, caían por tierra cubriéndose la cabeza de ceniza y rasgándose las propias vestiduras, entre golpes y caídas tan fuertes, que les abrían profundas y duraderas llagas. Poco, muy poco de aparato litúrgico en estos entierros hebreos. A lo sumo pronunciaba el gran sacerdote alguna que otra oración fúnebre, pero no había nada más. Los sepulcros estaban fuera de las poblaciones; y como acaecía entre romanos, indios y griegos, en la propiedad particular del difunto. Los cementerios eran, entre aquellas tumbas, como la fosa común hoy en nuestros cementerios. Servía de abrigo á la tumba cualquier caverna que permitiese fácil acceso á ella como á un objeto querido. Sin embargo, las gentes profanas, mejor dicho, las ajenas á la familia del difunto, no podían tocarlas con sus cuerpos

sin que sus cuerpos quedaran en el acto impuros. Las leyes judías, religiosamente cumplidas por toda la familia de Joaquín y Ana, ordenaban la indispensable asistencia en los entierros y duelos de flautistas que tañesen melodías fúnebres y de plañideras oficiales que, después de llorar por fuerza ó grado, cantasen tristes elegías. Con arreglo al rito duró el duelo consagrado á los padres de la Virgen seis semanas. Celebrábanse banquetes fúnebres ofrecidos por los amigos del muerto á sus parientes. Pan de los enlutados llama Oseas al pan fúnebre. Samuel refiere del siguiente modo, en su capítulo III y volumen II, del célebre libro que lleva su nombre, los funerales judíos. Trátase allí la muerte de Abner: «Y dijo David á Joab y á todo el pueblo que con él estaba. «Romped vuestros vestidos, y ceñíos de saco, y doleos ante Abner.» Y el rey iba tras del ferétro. Sepultaron al muerto Abner en Hebrón. Y alzando el rey su voz, lloró junto al sepulcro. Y también lloró todo el pueblo. Y endechando el rey al mismo Abner decía: «¿Murió Abner, cual muere un villano? Tus manos no estaban atadas, ni tus pies ligados con grillos. «Caíste, como los que caen delante de los malos.» Y todo el pueblo volvió á llorar sobre Abner. Y como viniesen á dar de comer pan á David, siendo aun de día, David juró, diciendo: «Así me haga Dios y

»así me añada, si antes que se ponga el sol gustare
»yo pan ó cualquier otra cosa.» Y Ezequiel dice á su vez, hablando en sus profecías de cómo Dios le consolaba en la muerte de su mujer: «Hijo del hombre, he aquí yo te quito de golpe el deseo de tus ojos. No endeches, no gimas, no llores. Repri-me todo suspiro, desiste de todo luto mortuorio, ajusta el turbante á la cabeza y el pie al zapato, no te cubras con rebozo ni comas pan de duelo.» Las gentes de Nazareth cumplieron todo lo prescrito en la ritualidad hebraica. Ésta regulaba el banquete fúnebre como la cena pascual. El número de copas que debían apurarse ya estaba señalado; á saber, dos antes de sentarse á la mesa, en la comida cinco, tres á los postres. Los parientes y los amigos cumplieron todo el ceremonial usado en las visitas de pésame. Al volver asentáronse unos al pie de María para consolarla; otros para llorar con ella; otros para meditar sobre la mortalidad, levantándose y reasentándose hasta siete veces seguidas sin abrir la boca, sino después que la dolorida ó llorosa pronunciaba cualquier frase ó despedía cualquier suspiro de pena. El duelo iba poco á poco aminorándose. Durante los tres primeros días no podían los parientes cercanos del muerto ni saludar ni ser saludados. Durante siete días no podían ni lavarse, ni calzarse, ni cubrirse, ni leer la Biblia ó

el Talmud. Un saco de groseras pieles, sin mangas, sin costuras, sin pliegues, atado á los riñones con una cuerda, ceñía el cuerpo, y la ceniza manchaba el cabello. Así necesariamente debió proceder María en la muerte de sus padres para cumplir lo que habéis visto prevenido por las leyes y por los profetas.

Ana y Joaquín habían provisto á la tranquilidad completa de María, prometiéndola desde su niñez á un artesano de muy buenas condiciones y de una santidad natural. Por tres fases pasaban las bodas en estos tiempos de José y María. Primero se prometían los novios, después se desposaban, por último se casaban. La promesa indicó solamente allí la mutua propensión de los novios. Festejar le llaman á esto en unas provincias españolas, festear en otras; arrullos de verdaderos enamorados, entrevistas gozosas, llenas todas á una de ilusiones y esperanzas. Las jóvenes prometidas de cualquier aldea ó pueblo daban al viento su cabellera en ciertos días del año, vestíanse de blanco, y, danzando por las viñas en flor, cantaban severos epitalamios, cuyos acentos conjuraban á sus novios para que atendiesen no tanto á la belleza y á la gracia femeniles como á los informes recibidos de sus familias, pues la gracia y la hermosura se van y la virtud queda; como que sólo recibirá perpetuas alabanzas la mu-

jer temerosa de Dios. Los desposorios venían luego. Acto de la mayor importancia, siquier no fuese la posesión definitiva ni el matrimonio acabado. Como antes los novios tan sólo cambiaran promesas, en este minuto se daban mutuamente la palabra de matrimonio. Entre los desposorios y la boda pasaban doce meses; pero la palabra unía en tales términos á los desposados, que si la novia faltaba por cualquier motivo, lapidábanla como á las adúlteras. Un largo procedimiento civil precedía en aquel tiempo al definitivo arreglo. Los tratos y contratos duraban mucho. El matrimonio era una compra de la mujer por el hombre. Los hermanos del novio regateaban como en cualquier simple mercadeo el precio á dar por la novia y el número de los regalos. El padre concluía por fijar la tasa de tal venta, pedida por su futuro yerno. Éste se hallaba en el caso de admitir ó rehusar. Una vez admitida pagaba ó en dineros, ó en especies, ó en servicios. Yerno recuerda la Biblia que se vendió por esclavo del suegro. Verificábanse los desposorios reuniéndose las dos familias con testigos extraños y mandando el desposado, bien á la desposada, bien á su padre, si la desposada no había salido de la menor edad, anillos de oro, joyas de precio, palabras y promesas de honor, lo cual, en tales términos y con tantos vínculos estrechos lo unía y ligaba con su pro-

metida, que se consideraban ya como casados, pues la muerte solamente podía romper é invalidar aquel trato, prólogo de una boda remitida para un año más tarde, á fin de que tuviese la novia tiempo de reunir su ajuar y coser sus galas. Durante aquel año, posterior á la promesa y anterior al matrimonio, las leyes hebreas cuidaban del desposado con tal solicitud, que no podían alcanzarlo de ningún modo las levas para el ejército, y se le prohibía terminantemente pasar por ningún cementerio ni asistir á ningún entierro, á fin de que su corazón sólo se abriese al más puro y más intenso, y más exaltado regocijo. La edad para contraer matrimonio era, el minimum se entiende, de doce años en la novia, de diez y ocho en el novio. La boda se concluía siempre al crepúsculo vespertino, cuando acababa el sol de trasponer los cielos y sólo se veían arreboles comparables al rubor encendido en las mejillas de una virgen. Los parientes, siquier fuesen lejanos, acudían casa de la novia para conducirla en procesión al hogar, donde la esperaba el novio. Como á los entierros iban plañideras encargadas de producir endechas y elegías, á las bodas iban comadres regocijadísimas encargadas de producir epitalamios. Las doncellas, vestidas de blanco, con coronas de mirtos adornadas, llevando en las manos lámparas alimentadas por aceites y resinas,

rodeaban á la muchacha, objeto de tal fiesta, que lucía una diadema en sus sienes y brillaba por sus arreos y por sus adornos entre todas y sobre todas, acompañadas de orquestas, á cuyas cadencias bailaban parejas de ambos sexos en danzas concertadísimas y alegres, muy semejantes á las usadas hoy en todos los pueblos españoles, donde han dejado recuerdos vivos las razas semíticas. Tras esta procesión había una cena, donde parecía cosa de rúbrica regocijarse hasta la demencia, pero sin caer en la embriaguez. Los viejos no estaban exentos del universal regocijo, y á veces en sus alegrías y transportes superaban á los jóvenes. Como todas estas disposiciones se hallaban á una en la tradición rabínica, en los libros de las leyes, en la Biblia y en el Talmud, todas estas disposiciones debieron observarse por natural razón en familias de suyo tan escrupulosas y observantes como la familia de María. Mas debemos fijar el pensamiento de quien leyere nuestra historia sobre esta particularidad, muy digna de meditarse, que no tenía carácter ninguno religioso entonces el matrimonio judío. Al templo no se acude para cosa ninguna. El sacerdote no aparece. Hay allí un contrato civil más que una ceremonia litúrgica. La bendición proviene del padre, no del sacerdote. La escritura y el notario sustituyen á lo que podríamos llamar por la presencia de personas

consagradas el sacramento. Moisés no había prescrito nada respecto á la intervención sacerdotal en este acto de unirse públicamente los cónyuges; y Esdras, al refundir los sacros libros, había repetido el silencio de Moisés. Todo cuanto se hacía estaba consagrado en las tradiciones rabínicas; pero no gozaba de ninguna otra especial autoridad. Los profetas y demás escritores, á quienes debemos asenso, nos hablan del matrimonio judío en términos que vienen á corroborar todas las afirmaciones nuestras. San Mateo, en su apólogo de las vírgenes fatuas y de las vírgenes prudentes, háblanos del acompañamiento usual en las bodas y de las lámparas encendidas por las muchachas doncellas en el acompañamiento y procesión de los esposos. Isaías, para encarecer cuánto ama en su corazón á Jehovah, dice: «Por gran manera se gozará mi espíritu en su Dios, porque me vistió con vestiduras de salud, me abrigó con la capa de su justicia, y como á novio me atavió, y como á novia compuesta, con sus joyas.» Salomón habla en los términos siguientes: «¿Quién es aquesta que sube del desierto como columbina de humo zahumada de mirra, y de incienso, y de otros cien aromas? El rey Salomón se talló un tálamo nupcial en madera del Líbano, con columnas de plata, fondo de oro, cielo de grana, recamado con labores epitalámicas por las donce-

llas de Jerusalén.» Y Jeremías dice: «¿Olvídase la doncella de su atavío y la desposada de sus sartales? Pues el pueblo mío hase olvidado de mí por días que no tienen número.» Y Ezequiel compara Jerusalén, la ciudad santa, con una novia, y le dice: «Y te lavé con agua; y lavé tu sangre de encima; y te ungué con aceite; y te vestí de bordado; y te abrigué con pieles de tejón; y te adorné con linos y sedas; y comiste flor de harina de trigo, y mieles, y aceite, y fuiste por extremo hermoseedada de mí hasta reinar.» Y el célebre libro de Ruth confirma todo cuanto hemos dicho cuando refiere cómo Boor la tomó por esposa con sólo darle algunas prendas en señal de compra y traer como testigos de su contrato á dos ancianos de Israel. No se procedía de otra suerte allá en la centuria primera del cristianismo, y como no se procedía de otra suerte, con tales y tan viejas ceremonias y usos debieron casarse María y José.

Los pintores cristianos, al tratar los desposorios, como quiera que las propias ideas suyas les hayan inspirado más que las viejas tradiciones bíblicas, ponen un sacerdote, si bien vestido con los arreos judaicos, en tal maravillosa escena. Tres cuadros capitales conocemos acerca de tal asunto, acerca de los desposorios entre María y José. Uno debido al pincel de quien fuera en Perusa maestro del

pintor de Urbino, del pintor eterno y por excelencia; otro debido al genio incomparable de este mismo; y el tercero debido á Francia, en quien la escuela bolonesa tuvo una de sus mayores glorias. Aunque Vasari, al historiarnos los pintores italianos haya querido presentar el Perugino como redomado incrédulo, sin fe alguna en la idea de Dios y en la inmortalidad del alma, pocos artistas rayaron donde rayara él en expresar el misticismo y sus deliquios; pocos tuvieron la verdad suya, por tal extremo apreciada en su tiempo, que los cuadros religiosos de su creadora fábrica ó taller alcanzaron el dón de los milagros. A un pintor como el que trazó la Sala del Cambio en Perusa le inspiraban mucho los profanos asuntos, pues los caballeros lujosamente vestidos, gallardeando allí, recuerdan la pagana Florencia del Renacimiento y los riquísimos variados versos del Ariosto. Mas ya le inspirase un sentimiento propio, ya se adaptara de suyo Perugino á los encargos ajenos y lograrse desempeñarlos como sugeridos por su propia inspiración, hay en él profundas ternuras y religiosas expansiones muy conformes con las que aroman los versos de San Francisco de Asís, cuyas florecillas huelen á santidad y prestan verdadero deliquio. No obstante todo esto, el cuadro de los Desposorios es un profanísimo cuadro. Aquel

templo, que no aparecía en las bodas judaicas, aparece aquí; mas por tal manera contrahecho y desfigurado, que semeja un teatral pabellón de jardín, muy destituido, no sólo de lo que llamamos color local, sino de todo carácter artístico. Vulgarísimo el sumo sacerdote y mal plantado; pesada y fría toda la composición; pésimamente agrupados así los jóvenes que acompañan á José como las jóvenes que acompañan á María; viejos y feos los desposados, especialmente San José; distraídas las figuras todas y apartadas del asunto principal, prosaico aquí, muy prosaico, cuando lleva el bálsamo de la más dulce poesía, es bien diverso el cuadro de los otros dos dejados por su pincel suavísimo en los altares del arte: la inmortal Ascensión y la Coronación de María. ¡Cuán diversa la obra de Rafael! Naturalmente cálcala el discípulo sobre la composición misma del maestro. Todos los accesorios aparecen idénticos en ambas composiciones; mas Rafael, en su poesía superior, ha querido pintarnos la satisfacción de José, cuya vara floreció como místicas azucenas reveladoras de su felicidad, y la tristeza de aquellos sus rivales, entre quienes hay uno que parece venir de Olimpia, según su aire ateniense, bellísimo como un efebo helénico, proporcionado y armonioso á la manera que los jóvenes trazados en las losas y

bajorelieves del Partenón, rompiendo su vara estéril en la rodilla después de haber visto roto su corazón por la desgracia. El templo, alzado sobre un zócalo en gradería, tiene allí toda la belleza del Renacimiento y demuestra cómo había en el pintor eximio un arquitecto no menos inspirado y armonioso; el paisaje se inunda de aquella luz regocijadora y consonantísima con las alegrías que retozaban por el cuerpo de los asistentes á nupcias israelitas; la Virgen, dibujada por magistral modo, respira no aprendido rubor y tiene algo en su modestia de la ingenuidad y de la inocencia edénicas; el joven y sesudo novio extiende con recelo su mano en busca de la otra mano, donde se guarda su felicidad, que impele un verdadero empuje del sacerdote venciendo su resistencia; las compañeras de María evocan las damas florentinas que brillaban por aquella sazón en los jardines platónicos del Arno y fluían de sus labios la inspiración artística; todo el cuadro merece llamarse idilio poético y religioso, como sólo sabía componerlos el intérprete de aquella conjunción entre la idea griega y la idea cristiana, cuyos dobles fulgores, de una hermosura sin igual, resplandecían entonces con luz muy semejante á la que destellaron, luz de ideas inspiradísimas generadora de afectos sublimes, Atenas y Alejandría.

IX

En la ortodoxia y en la tradición cristianas, el matrimonio de María y José fué un puro matrimonio de las almas. Imposible la vida para una doncella galilea, si no tenía un varón que la sostuviera y amparara, casáronse los cónyuges beatísimos, por tanto; pero con la condición expresa de prestar á su casamiento el carácter espiritual de pura y santa hermandad. Esta resolución es la primera que choca en la historia de María con las costumbres entonces arraigadas y con las leyes entonces vigentes. El matrimonio se imponía entre los hebreos, no solamente por sus códigos, por el horror sentido en todos á la falta de generación y descendencia. La mujer estéril se creía mujer maldita. La niña casadera y no casada se plañía de su desgracia en tristísimas endechas. Cuando las vírgenes de Israel acompañan al sacrificio la hija de Jefté, duélense y lamentanse á una de que muriera inmolada, sin haberse unido á un apuesto mancebo ni oídose llamar con el nombre dulcísimo de madre. Hallábase, pues, el matrimonio en sumo predicamento entre los judíos, que lo imponían estrechamente, no sólo á jueces y reyes, á sacerdotes y profetas. En la reacción indispensable hacia una cas-